

EL CURRULAO

Por ESTEBAN CABEZAS RHER

Este caserío no es más que un pequeño claro en la selva, habitado por negros recolectores, donde vive un mulato que comercia por el sistema de trueque y es dueño del único barracón para baile de currulao.

Es sábado y los hombres han salido más temprano del monte; mientras unos nadan con sus mujeres en el río, otros haraganean en las hamacas fumando tabaco en cachimbas de barro.

Cuando la oscuridad aploma sobre la aldea y el río tórname caimanoso, luces de kerosen brillan en las ventanas y grupos de gentes despréndense de los ranchos, llamados por el repiqueteo desacompañado de un tambor que alguien temple y ensaya.

El sitio del bailorio es una enramada directamente enclavada en la tierra y su barro aplanado por la dura pisada del negro; desde el techo de palmas, cuelga, hasta llegar a la cintura de un hombre, la marimba, instrumento construido con trozos de chonta en escala horizontal sobre canutos verticales de guadua; dos viejos bombos penden de una viga de guayacán; y los cununos, troncos huecos revestidos con piel de venado, están de pie sobre la tierra.

Entran en parejas al espacio débilmente iluminado y crecido de negros y sombras de negros que se anticipan a la danza. Músicos del lugar toman los instrumentos y al tiempo que alguien ensaya en la marimba un primer registro melódico, el mulato ocupa su sitio tras el rústico mostrador de guadua, surtido con aguardiente de contrabando y guarapo de caña añejado en calabazos.

Últimas en llegar, luciendo vivos vestidos de colores y portando en la diestra, el guazá, melodioso canuto de guadua lleno con pepas de achira, las cantadoras, determinan con su presencia el comienzo de la música.

A la primera servida de licor, se animan caras y desenvuelven ademanes, pero nadie baila, algo anda mal y no demoran en manifestarlo: La marimba está ronca. Es entonces cuando el mulato abandona el mostrador con una botella de aguardiente entre las manos y con seriedad ritual la derrama sobre el teclado de la marimba, esperando todos "que ella también se emborrache". Su sonido se endulza, las notas creces ardientes invitando a

las mujeres a alinearse para el baile. Los hombres escogen pareja, parándosele al frente y enarbolando un pañuelo de colores. Los tambores rugen y el negro inicia el rodeo a la hembra con requerimiento amoroso y zapateo apasionado, ella permanece indiferente hasta que el ritmo y el sexo la vencen y ya indefensa comienza a bailar en semicírculo frente al hombre como atraída por un imán. Al mandato de los cununos las parejas cambian de posición y hay pañuelos que vuelan por sobre las cabezas, mujeres que juegan con el canto de la falda y mozos que se expresan con saltitos de macho cabrío. Por momentos, el negro se queda en su puesto martillando furiosamente la tierra con los pies desnudos, mientras la negra baila imperturbable en su órbita. El ritmo, amo y señor, se apodera de músicos y bailarines, cundiendo el frenesí por la sala con la misma fuerza que el guarapo por la sangre. Crece la melodía en el canto de las mujeres, lamento lujurioso que enloquece más que el licor y sumerge en ancestral abismo a los bailadores, para quienes desaparece el mundo circundante, porque entregados el uno al otro, se dicen con los cuerpos y los pañuelos, deseos que hacen subir la temperatura del salón.

Cuando la marimba calla su queja de mujer apasionada, y el percutir de los cueros se silencia: cuerpos bañados en sudor y gargantas reseca, beben febriles la frescura del guarapo.

Así la noche de currulao, hasta que el alba viene a serenar el canto y a apagar los carbones de lujuria.

Bocas del río Patía, costa colombiana sobre el Pacífico.